

governador y capitán general de Venezuela, hemos de creer que las desobediencias repetidas de Monteverde tenían por causa elevados móviles, y un gran conocimiento de las condiciones y estado del país.

Mientras en Venezuela parecía ya muerta la insurrección, en la Plata, donde desde Octubre del año anterior, como sabemos, parecía restablecida la calma, volvían á encrespase las pasiones.

Aparentando los de la Junta de Buenos-Aires gran celo por la independencia del país, no pararon hasta conseguir la retirada completa de los brasile-

ños ó portugueses, y esto cuando todavía Artigas estaba del lado de acá del río Uruguay. Vigodet no comprendió que apoyando las reclamaciones de la Junta se indisponía con sus auxiliares y quedaba abandonado á sus propias fuerzas, y cedió.

Los independientes habían, pues, conseguido con esto, poco menos que su triunfo completo, y decimos que poco menos, porque en rigor, sólo Montevideo había hasta aquí escapado á su dominación, así no eran pocos los trabajos que se hacían para establecer una Junta en Montevideo, en el mismo



Botocudos (República Argentina)

momento en que se descubría la conspiración de Alzaga,—2 de Julio de 1812,—para restablecer la autoridad de España en Buenos-Aires. Traicionada la conspiración, Alzaga y otros de sus compañeros pagaron con la vida su amor á la metrópoli.

Este atrevimiento en la represión por parte de Chiclana, Puigredon y Rivadabia, que á la sazón estaban al frente de la Junta de Buenos-Aires, indignó á Vigodet, que se apresuró á dictar nuevas medidas contra la capital interrumpiendo con ellas toda clase de relaciones y comunicaciones bajo pena de la vida. A la enérgica actitud de Vigodet correspondió la de los buenos-aiereños en momentos por cierto apurados, pues á la vez que tenían que hacer frente á Vigodet debían pensar en socorrer á su ejército del Alto Perú que se batía en retirada y había llegado ya al Tucuman.

Para deshacer la tempestad que amenazaba acabar con la Junta de Buenos-Aires, ésta propuso

nuevamente al municipio de Montevideo formar todos un solo pueblo hasta que regresase del cautiverio Fernando VII, pero ni el cabildo ni Vigodet quisieron admitir tales proposiciones. Vigodet por lo contrario, puesto de acuerdo con Goyeneche y la regenta del Brasil, organizaba con actividad los medios necesarios para atravesar el Plata é imponerse á Buenos-Aires. Pero la fortuna de la guerra es mudable y varia, y la derrota de la vanguardia de Goyeneche destruyó las combinaciones de Vigodet.

El triunfo de Salto arrojó á los buenos-aiereños á empresas mayores. Hizo pasar á la banda oriental buen número de gente para reforzar á Artigas, y éste se dispuso á presentarse de nuevo delante de Montevideo, marchando sus primeras tropas al mando de Rondeau.

Vigodet, comprendiendo de sobras el peligro que le amenazaba, envió al brigadier Mueras á su en-

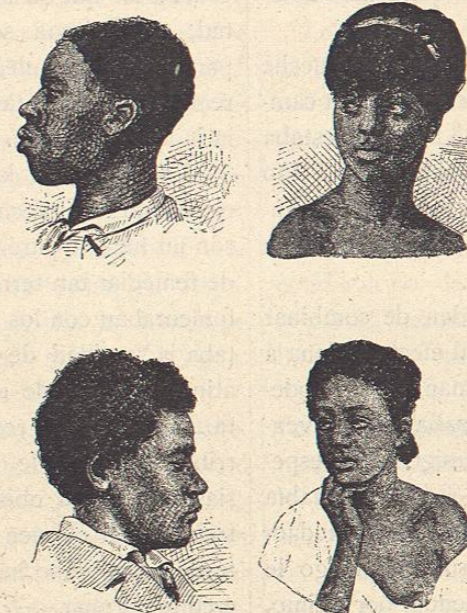
cuentro para detenerle y batirle, pero Mueras fué vencido el día 31 de Diciembre de 1812 con grandes pérdidas. Vigodet, pues, quedaba reducido á tener que defenderse en Montevideo. Nuevamente, pues, se acudió al Brasil para que auxiliase á nuestra gente. Casa Irujo procuraba desenojar á los irritados brasileños, la infanta Carlota estaba dispuesta y veía ya casi llegado el momento de realizar su sueño favorito, el vireinato por lo menos general de América, pero el embajador inglés, lord Strangford, el representante de aquel gobierno aliado que tenía en España á Wellington al frente de

los ejércitos anglo-españoles, llegó hasta el punto de amenazar con romper toda clase de relaciones con el Brasil, si pasaban de nuevo los brasileños la frontera, y Vigodet quedó abandonado.

Subamos ahora al Tucuman para ver cómo habían ido las cosas en el Alto Perú, que tan desgraciadamente influyeron en la Plata.

Hemos dejado en el capítulo anterior á independientes y realistas frente á frente en el antiguo campo de batalla de Suipacha.

Diaz Vélez, que mandaba las fuerzas americanas, intentó sorprender á los realistas, que estaban algo



Raza negra del Sud de América

descuidados el día 12 de Enero, pero su ventaja fué sólo momentánea, convirtiéndose su triunfo de momento en descalabro. Pero sólo hasta el día 18 no se pudo desalojar á los revolucionarios de sus posiciones, al ser reforzado el ejército peruano ó español por el coronel García Santiago.

El efecto de esta derrota de Suipacha fué grande, y Puigredon, que había tomado el mando de las tropas americanas, se apresuró á abrir ciertas encubiertas negociaciones con Goyeneche para contener el avance de este jefe, mientras iba retirándose á Jujui, pero en Buenos-Aires se llegó á dudar de Puigredon y se le reemplazó por Belgrano.

Goyeneche creyó que no debía perseguir al enemigo que huía, antes de pacificar por completo el Alto Perú, y al efecto dispuso todo lo conveniente para apaciguar á Cochabamba, dejando lleno de confianza al frente de los buenos-aiereños á su vanguardia, bien convencido de que los rebeldes del

Plata no estaban en disposición de intentar cosa alguna contra sus soldados.

Goyeneche avanzaba irritado contra Cochabamba, á la que tan generosamente había tratado, y cuya ciudad tan pronto había olvidado sus compromisos. Temerosos los cochabambinos quisieron detenerle enviando á su encuentro á su principal caudillo, á Arce, que fué derrotado en Pocona, y como esta era su última esperanza, postráronse de nuevo ante Goyeneche pidiéndole el perdón. Concedióle una vez más éste, y avanzó confiado y tranquilo á Cochabamba, cuando al llegar á las cercanías del cerro de San Sebastián, que lo está en las de dicha ciudad, fué asaltado por un vivo fuego de fusilería y de cañón, que le causó grave daño pero sin que por esto las sólidas tropas de su mando se desbandasen. Antes al contrario, ciegos de ira por la traición ó desesperación del ejército cochabambino, se metieron con éste y le dispersaron entrando en la ciudad en-

vueltos con los fugitivos. Dada esta función de armas, de sobras se comprende lo que debía pasar en Cochabamba al entrarla como por asalto los peruanos.

Goyeneche también se dejó llevar por el acalamiento de los suyos, y Antesana y otros jefes del movimiento revolucionario fueron pasados por las armas. Pero Goyeneche doblemente hermano de los que combatía, se apresuró á ofrecer un indulto general á los cochabambinos, que se sometieron ya desde ahora para siempre, pues la tranquilidad no volvió á alterarse en aquel país en donde quedó el coronel Lombera al frente de mil quinientos hombres.

De regreso á Potosí, en donde hizo Goyeneche una gran entrada triunfal, decidió continuar su campaña contra los buenos-aireses, que Belgrano estaba concentrando en Jujui y Salta, mandando á Pío Tristan de vanguardia al frente de tres mil quinientos hombres, quien sin oposición se apoderaba de dichas ciudades á fines de Agosto.

Recibe en esto Goyeneche la orden de combinar sus movimientos con Vigodet, y al efecto ordena á Tristan que se meta por el Tucuman para apoderarse de esta ciudad. Tristan avanzaba tan convencido de su fuerza y de que sus enemigos no le esperarían á pié firme, que al embestir á éste que había tomado posesiones en los alrededores de la ciudad, lo hizo con la mayor negligencia, sin que luego le fuera posible reparar su falta teniendo, por último, que retirarse después de haber perdido más de mil hombres y siete cañones. Como en este combate Tristan no había empeñado sus reservas, al otro día avanzó con ellas resueltamente pidiendo la rendición de la ciudad, pero los americanos se habían crecido con su triunfo y Tristan no quiso empeñar nuevos combates, retirándose á Cobos entre Salta y Jujui, desde donde enteró á Goyeneche de lo que le había pasado. Goyeneche hubo de pensar desde este momento más en asegurar la tranquilidad del país que había conquistado, más en asegurar su posición y su ejército, que en acudir al socorro de Vigodet por cerrarle el paso el victorioso Belgrano que acababa de recuperar á Jujui, de donde había salido libre el coronel Locasa, gracias á los auxilios que le envió Tristan.

Fué esta desgracia de Tristan tanto más fatal cuanto era más la confianza que Goyeneche había sabido inspirar al país con su conducta y con la proclamación de la Constitución de Cádiz, que satisfacía por completo á los liberales americanos que no veían claro en esto de la independencia de

América, y que ahora se entregaban alborozados á las fiestas de la proclamación y á la elección de diputados. En medio de la paz veíase retoñar la guerra, en medio de la confianza renacía el temor y la duda, el desasosiego reaparecía, y con él la incertidumbre en el porvenir.

«El Reverendo obispo D. José Cuero y Caicedo, de Quito, fué uno de los enemigos más terribles que se presentaron á la causa del Rey. A sus pastorales y predicaciones revolucionarias se conmovió una gran parte del clero; y escudados algunos religiosos con las indulgencias, que dicho prelado concedía á los que salían á defender la patria y libertad, se pusieron sobre las armas, y formando partidas ambulantes se dedicaron á hostigar á los realistas, y aumentar la fuerza de los que sostenían la independencia....»

«Las armas de la religión que siempre se han ejercitado en estrechar la unión y concordia, formaron un funesto paréntesis en esta época; lejos, pues, de remediar tan terribles discordias, parece que las fomentaban con los poderosos medios que les prestaba la santidad de su carácter, sin que podamos atinar la causa de una contradicción tan manifiesta.... pero estaba reservado al reino de Quito el horrible escándalo de que la mayoría de dichos eclesiásticos con el obispo á su cabeza, se dedicase á trabajar por el buen éxito de una revolución, que tarde ó temprano había de acarrear su propio descrédito y ruina.—*Torrente.*»

La intervención del clero en la revolución de los quiteños, produjo el resultado que siempre se obtiene del fanatismo religioso en política, esto es, que la gente convencida de que ganaba con su sangre el cielo, se arrojara á las mayores empresas, y así resultó ahora que se empeñaron en atacar al mismo presidente Molinas que se hallaba en Paredones para sostener el ataque de Checa contra Cuenca, lo que obligó á aquél á ordenar á Valle que avanzase contra el enemigo, y aunque éste lo que quería era que Molinas se resistiera mientras él llevaba á Cuenca al enemigo para aniquilarlo en unión de Checa, fué preciso obedecer y la obediencia le recompensó con una importante victoria, en la que consiguió tomarle al enemigo, gracias á los auxilios que le envió Molinas en la tarde del combate, diez y siete cañones.

Ya en este tiempo se había nombrado presidente de Quito al teniente general Toribio Montes, quien, desde Guayaquil, preparaba la expedición contra Quito que le había ordenado el virey del Perú, Abascal.

La tropa quiteña había resuelto detener á Montes en el pueblo de Mocha que fortificaron cuanto pudieron hasta llegar á creer que habían hecho de él una posición inexpugnable, pero «el gran fuerte de Mocha» con seis cañones y gran número de armas y pertrechos de guerra, cayó en poder de Montes al atacarlo en Setiembre de 1812.

Montes hubiera deseado recobrar á Quito, que se había deshonrado con el asesinato del infeliz conde Ruíz de Castilla, sin efusión de sangre, pues presentía que su gente, por dicha causa y por otras de igual índole, sería dura para la ciudad; pero los quiteños, por temor ó por valentía, rechazan todo acomodamiento, y para mostrar que no en vano declaran á Montes «guerra á cuchillo,» entregan á la cuchilla á otros dos Calixtos, á Pedro y á su hijo, logrando sólo el padre como gracia el que le precediera por segundos en la muerte, para ver como su hijo cumplía con su deber y para que constara que de él no había podido arrancar el mayor de los martirios la menor protesta de su lealtad por España por lo que perecía víctima de ella la familia de los Calixtos. Nosotros pecáramos más que de ingratos si olvidáramos actos tan heroicos.

Dióse el asalto á la ciudad el día 7 de Noviembre. Terrible fué la acometida y la defensa. Un ejército y un pueblo fanatizados por su clero se batía á la desesperada, pero todo fué inútil. Después de tres horas de fuego los quiteños tuvieron que abandonar la ciudad, cuando aún estaban calientes los cadáveres de los Calixtos sacrificados cuatro días antes.

Montes había, pues, conseguido en poco tiempo dar dos tremendos golpes á la insurrección que se creía invencible en Mocha y en Quito. Pero aún se desanimaron más los quiteños al ver al coronel Sámano, que mandaba quinientos infantes y cien caballos, salir triunfante en San Antonio de Carangui de la gran multitud que le había encerrado en dicho pueblo, al salir por orden de Montes tras de los fugitivos de Quito.

Este nuevo desastre fué causa de que al llegar á Ibarra recibiera del marqués de Villa Orellana y de Carlos Montufar unas bases de acomodamiento que se apresuró á enviar á Montes. Este las examinó y las redujo á una sola, obediencia absoluta á su autoridad. En cambio les concedió á todos una amnistía completa, pues sólo exceptuaba á diez de los principales jefes de la revolución, con devolución inmediata de los bienes secuestrados. Esta respuesta llevaron á los dichos á Ibarra, un sargento y seis dragones que fueron vilmente sacrificados por los hombres mismos que habían pedido el acomoda-

miento. Cuando esto supo Sámano se lanzó lleno de furor con su gente sobre Ibarra, pero los quiteños la habían ya abandonado.

Montes ya no creyó con esto que debía ser tan generoso, y al publicar su amnistía exceptuó del perdón á setenta personas.

Terminaba, pues, también el año 1812 en Quito, de una manera satisfactoria, si bien aún la revolución quedaba en pié, de modo, que sin el desgraciado incidente de Tucuman, fuera el año de 1812 en todas partes precursor del restablecimiento de la tranquilidad pública en América.

Pues, ¿qué sucedía en Nueva Granada?

La guerra civil entre federalistas y centralistas, se había ido exacerbando hasta tal punto, que se combatían los dos partidos con verdadero frenesí, con el mismo rencor y odio con que se combatían sus respectivos jefes, Camilo Torres, presidente de la Unión y Antonio Nariño. Como éste aún por estos días que nos ocupan, continuaba diciendo que combatía por la unidad de la monarquía española, el partido español, los españoles todos se pusieron de su lado. Véase lo que dice Torrente:

«Reuniendo Nariño un gran fondo de humanidad, dulzura, nobleza y rectitud, que le hacían sumamente recomendable, se empeñó la gente sensata en conservar á la cabeza del Estado un jefe tan afable y popular, que con sus benéficas providencias, tan ajenas de los desórdenes, que suelen acompañar á todas las revoluciones, hacía que aún los mismos realistas sofocasen sus justos temores de que la terminación de aquellos sucesos pudiera ser la independencia absoluta de la metrópoli, y la dislocación de las familias. Hasta las comunidades de frailes y monjas atestiguaron del modo más expresivo su satisfacción al ver las riendas del gobierno en una mano tan experta, que daba las más sólidas garantías de evitar toda clase de desafuero religioso y tropelía civil, y aún llegaron á persuadirse de que Nariño no sería capaz de hollar la Majestad del Trono.»

La guerra civil puede decirse que empezó con el decreto del Congreso de Tunja, exigiendo de Santa Fe, armas, municiones y otros auxilios para la guerra, cuando precisamente los generales federalistas Baraya, Ayala y Ricaurte acababan de derrotar las tropas de Nariño, y cuando se estaban preparando para atacar á la capital para reducirla á la obediencia de Tunja, que es lo que resistían enérgicamente los de Bogotá.

Nariño resolvió salir al encuentro de la expedición militar capitaneada por Ayala, fiando su van-